

## PSICOANÁLISIS Y CIENCIAS SOCIALES. FRONTERAS, BARRERAS Y COOPERACIÓN

MAURO BASAURE

UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO, CHILE

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4111-2474>

### INTRODUCCIÓN

La pregunta por la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales es de tratamiento difícil. La razón de ello son las dificultades que genera la amplitud y complejidad de ambos términos. Es ya problemático, por ejemplo, decidir si esa relación se instaura *desde* el psicoanálisis *hacia* las ciencias sociales o al revés. En todo caso, esa pregunta sólo puede ser respondida mediante un trabajo acumulativo, colectivo y sostenido en el tiempo, materializado en libros monográficos, *readers*, *handbooks*, revistas especializadas, números especiales de revistas, seminarios, entre otros [I]. Frente a la imposibilidad objetiva de abordar dicha relación en los límites de un texto relativamente breve, se opta aquí por una estrategia reconstructiva que, con la ayuda de referencias y ejemplos clave, permite reducir la complejidad de la tarea. Ello significa pagar el precio de muchas reducciones como, por ejemplo, poner el acento más en la obra de Freud y sus secuelas, que en grandes figuras del psicoanálisis como Jacques Lacan o Melanie Klein. Esa estrategia consiste en reconstruir las fronteras y las barreras que dificultan las relaciones entre psicoanálisis y ciencias sociales, así como algunos esfuerzos por superarlas.

Obviamente, un punto inicial de cualquier abordaje de dicha pregunta son los esfuerzos del padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, por establecer un puente con las ciencias sociales. Estos puentes suponen fronteras para salvaguardar la identidad y especificidad del psicoanálisis de cara a un diálogo con las ciencias sociales. Esos resguardos se han topado también con rechazos desde estas últimas, y sobre todo desde la academia [II]. Ahora bien, más allá de estas prácticas de resguardo fronterizo, existen barreras epistemológicas o conceptuales reales que hacen que la cooperación entre psicoanálisis y ciencias sociales esté siempre bajo cierta tensión. Como puede observarse en muchos ejemplos, cuando se trata de esa cooperación, dichas barreras refieren fundamentalmente

al lugar de lo psíquico, de una parte, y de lo social, de la otra, en la constitución del sujeto [III]. Frente a esas barreras, variantes de la teoría social, como la teoría crítica, el feminismo, y la sociología clínica, han formulado alternativas para superarlas. Estos esfuerzos, centrados en mediar entre lo psíquico y lo social, parecen hoy más relevantes que insistir en defender fronteras, o limitarse por las mencionadas barreras, al momento de tratar la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales [IV]. En este esquema, la otra figura clave del psicoanálisis para una historia de las ciencias sociales, Jacques Lacan, ocupa un lugar distinto. Por un lado, su influencia fue, por lejos, mucho más fuerte en las humanidades, la teoría social y política, que en las ciencias sociales propiamente tales; por otro, esa influencia no fluye por la vía de la mediación entre lo psíquico y lo social, sino por el lugar de lo simbólico y la discusión sobre la identidad del sujeto [V].

#### EL TRABAJO SOBRE LA RELACIÓN ENTRE PSICOANÁLISIS Y CIENCIAS SOCIALES

Hay varias razones que tornan difícil de abordar la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales. Sin pretensiones de exhaustividad, se pueden identificar fácilmente al menos cuatro. La primera es que esa relación no se establece entre términos homogéneos pues ambos se escriben en plural. Pese a tener un padre fundador indiscutido, el psicoanálisis ha llegado a constituir una tradición internamente diversa y compleja (Elliott, 2004; Roudinesco y Plon, 2006) —que va desde el psicoanálisis freudiano, kleiniano, bioniano, de las relaciones objetales, lacaniano y poslacaniano, feminista, así como tendencias posmodernas en el psicoanálisis (Elliott, 2016a)—. En el interior de esta larga y compleja tradición hay elementos —autores, momentos de las teorías de los autores, tradiciones, enfoques teóricos, epistemológicos y metodológicos— más proclives a entablar una relación positiva con las ciencias sociales, y otros que lo son menos. Esa diversidad y complejidad se multiplica varias veces si se considera a las ciencias sociales —un concepto que engloba varias disciplinas tan diversas como la sociología, la economía, las ciencias de la administración, la antropología, la arqueología, la geografía humana, la lingüística, la ciencia política y, dependiendo de las tradiciones nacionales, también la historia (Backhouse y Fontaine, 2014)—. Se suma a ello la diversidad sincrónica y diacrónica interna de cada una de estas disciplinas (el que tengan varias orientaciones teóricas, metodológicas, que además varían en el tiempo), así como las interacciones entre ellas. A esto hay que sumar el vínculo con las humanidades, en especial con la filosofía, que es muy fuerte y muchas veces supera y se entrecruza con el campo de las ciencias sociales (Marulanda, 2006). Ese vínculo se genera, por ejemplo, a través de la hermenéutica, la semiótica —y desde ahí aborda la interpretación de textualidades no sólo religiosas, como Ricoeur (Maturó, 2004), sino también literarias, fílmicas, entre muchas otras—. Quien más desarrolló el vínculo entre estructuralismo y psicoanálisis es sin duda Jacques Lacan, el que, pese a alejarse del modelo lingüístico, tomó cuestiones esenciales de

Ferdinand de Saussure, como la arbitrariedad del signo y su dualidad significado-significante. Con ello, el psicoanálisis ha aumentado su influencia en la lingüística y la semiótica, en general en las investigaciones sobre los sistemas de signos, del significado, la escritura, así como en el trabajo hermenéutico. Este autor en todo caso ha tenido una influencia mucho mayor en estas áreas, y sobre todo en la filosofía, que propiamente en las ciencias sociales.

Si todo lo anterior, por su gran complejidad, ya es motivo de desaliento para quien pretenda analizar de manera exhaustiva la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales, hay que considerar además, y en segundo lugar, cuáles son en cada caso específico los elementos o aspectos de cada uno de los términos que entran en relación, ya que la mayoría de las veces no se trata del psicoanálisis como un todo, y ni siquiera de alguna de sus variantes internas, o no se trata de alguna de las disciplinas de las ciencias sociales o de alguna de sus tradiciones —como la Escuela de Frankfurt (Jay, 1996; Wiggershaus, 2001), por dar un ejemplo— sino de alguna de sus muchas teorías o hipótesis que entran en una relación puntual. A veces se trata del impacto biográfico del psicoanálisis en un autor relevante —como en Michel de Certeau (Dosse, 2003), o Paul Ricoeur (Maturó, 2004) para ejemplificar—, o incluso sólo de una etapa dentro de la obra de un autor —como es el caso de Jürgen Habermas (1973) de *Conocimiento e Interés*, para citar un caso bien documentado.

Más allá de las celebridades, existen trabajos empíricos sobre la influencia de las ciencias sociales en psicoanalistas, o del psicoanálisis en quienes cultivan las ciencias sociales. Un trabajo reconocido en este sentido es el de Michèle Bertrand y Bernard Doray (1989) para el caso francés, quienes realizaron numerosas entrevistas con la propia comunidad de investigadores de ciencias sociales y con psicoanalistas. Su obra da cuenta de cómo esos investigadores recurren a conceptos psicoanalíticos, de los debates teóricos relativos al vínculo entre el psicoanálisis y la vida social, así como el difícil rol de éste en el interior de las universidades y centros de investigación. Smelser (1999), por su parte, identifica una gama de teóricos a los que llama posmodernos, quienes recurren al psicoanálisis de manera muy selectiva e instrumental buscando apoyar sus teorías y deconstruir, desenmascarar, desacreditar otras visiones, afirmar el relativismo epistemológico o la teoría de la hegemonía y formas de poder y normatividad contrarias a las dominantes. En todo caso, como ocurre originalmente también con el feminismo, estos teóricos —señala Smelser (1999) con razón— rechazan la versión canónica del psicoanálisis freudiano y adoptan o desarrollan reformulaciones relativamente radicales de aspectos de la tradición psicoanalítica. En el plano de la teoría política, un caso destacado es el de Chantal Mouffe (2018a y 2018b) quien recurre al psicoanálisis para sustentar la idea de que las identificaciones políticas —la constitución entre un “ellos” y un “nosotros”, clave para la constitución de una democracia agonista, dice ella— se basan en afectos de tipo libidinal, y no en meros discursos racionales o deliberativos, como apuntan otras teorías.

Un tercer factor que hace que la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales sea difícil de abordar es la direccionalidad de la relación entre estos términos. ¿Refiere esa relación a las discusiones o posibilidades de que el psicoanálisis se alimente de las ciencias sociales o más bien a las formas en que éstas se han apoyado en aquél? No es lo mismo, en este sentido, explorar la “relación entre psicoanálisis y ciencias sociales” que hacerlo “entre ciencias sociales y psicoanálisis”. Esta falta de conmutatividad se ve bien expresada en la literatura, pues ésta abunda mucho más cuando el psicoanálisis es el primer término. Como es claro en el caso de los lacanianos, han sido los esfuerzos provenientes del psicoanálisis, mucho más que los que han nacido desde los científicos sociales, los que han contribuido mayormente a dicha relación. De hecho, varias discusiones en el marco de la tradición psicoanalítica refieren al costo que trae consigo la búsqueda de esa cooperación. ¿Puede darse ésta sin que se desnaturalice el psicoanálisis y pierda su aporte singular? Frente a este temor, algunos llaman a enriquecer las propias preguntas de la práctica psicoanalítica con los hallazgos de las disciplinas sociales; es decir, a salirse de los límites estrictos del psicoanálisis (Viñar, 2009). ¿En esta cooperación un término debe supeditarse al otro, o cabe la posibilidad de un espacio intermedio en que ambos términos participen de modo equilibrado? La crítica de Foucault al psicoanálisis abre además la posibilidad de una relación negativa, según la cual el psicoanálisis es denunciado por sus efectos sociales de disciplinamiento (Basaure, 2009).

Michel Foucault tomó al psicoanálisis como objeto de estudio crítico, denunciándolo como uno de los mecanismos de poder de las sociedades modernas. Junto a Foucault, Deleuze y Guattari (2004), es inscrito por Mauro Basaure (2009) dentro de lo que él llama el “movimiento antiedípico”. Foucault, quien reconoce a la familia como una forma de poder soberano, distinta y relativamente autónoma del poder disciplinario, señala que el psicoanálisis tiene precisamente por función establecer una conexión de normalización y poder disciplinario sobre los individuos, sin ir respetar dicha autonomía familiar, sino más bien basándose en ella (Basaure, 2009).

Un cuarto y último factor que es necesario considerar cuando se habla de la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales —o ¿hay que decir, de las ciencias sociales con el psicoanálisis?— es la dimensión geográfica y temporal. La difusión del psicoanálisis y con ello la relación con las ciencias sociales ha sido desigual en las diferentes latitudes, e incluso a nivel continental los países tienen mayor o menor tradición psicoanalítica; en Alemania, Inglaterra y en Francia, más que en otros países europeos, en Brasil, Argentina y México, más que en otros países de América del Sur. Un estudio muy importante para comprender el vínculo entre psicoanálisis y ciencias sociales, sobre todo en el contexto anglosajón, es el de Neil Smelser (1999). Él identifica, de una parte, los grandes problemas para establecer el vínculo entre la tradición psicoanalítica y la de las ciencias sociales, y de otra, el modo en que la primera, pese a ello, no sin dificultades y de manera sectorial, ha logrado abrirse paso en las segundas.

Estas diferencias geográficas tienen además una diferencia respecto del grado en que el psicoanálisis penetra en la sociedad y se masifica. Con la venia de Gino Germani, en Argentina el psicoanálisis llegó a presentarse en formato de “consultorio psicológico” de una revista femenina durante la década de 1950, lo que da cuenta de su penetración masiva en la sociedad hacia mediados del siglo xx (Germani, 2013). A esta dimensión espacial hay que agregarle una temporal, pues los procesos de difusión del psicoanálisis han tenido ritmos distintos. El tremendo éxito del psicoanálisis después de la Gran Guerra en Europa sólo se alcanzó de manera equivalente (o incluso mayor) en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial (Lamo, 2018; Seeley, 1967).

La mera consideración de estos cuatro elementos no sólo hace perder cualquier ingenuidad que pueda rondar en el intento de abordar la tarea mencionada. Concebidas como variantes, esos factores configuran un espacio multidimensional muy amplio, imposible de abarcar dentro de los límites de una o un par de publicaciones. Ese espacio sólo es abarcable de manera colectiva y plural, mediante una producción académica variada y sostenida en el tiempo. De hecho, una rápida mirada al índice de un *handbook* en esta área muestra las elecciones según lo dicho aquí: hay apartados sobre los diferentes autores, diferentes teorías, diferentes temas (como la intersubjetividad, la sexualidad), otros sobre determinadas tradiciones nacionales (la británica, por ejemplo), otros sobre las diferentes disciplinas, y, por último, sobre determinadas tradiciones de pensamiento, como el feminismo o la teoría crítica; todo ello sin lograr jamás ser exhaustivo.

Una revisión de la producción de artículos nos muestra que ellos tienen lugar desde los años treinta del siglo pasado, pero no de manera homogénea. En particular, ella aumenta desde el cambio de siglo, sobre todo en los países ya nombrados, en los que el psicoanálisis tiene mayor desarrollo y masividad. Existen además varios libros que tratan precisamente sobre la relación entre estos dos dominios (Assoun, 2003; Assoun y Zafiroopoulos, 2006; Bertrand y Doray, 1989; Elliott, 2004 y 2016b). Los hay especializados en la relación entre alguno de los padres del psicoanálisis y las ciencias sociales, como Freud, Klein o Lacan (Zafiroopoulos, 2001). Luego hay libros que abordan la relación del psicoanálisis con determinadas disciplinas de las ciencias sociales, como con la sociología (Arnaud y Fugier, 2015); con la psicología social (McDougall, 1936); la historia (Fanon, 1952; Marcuse 1955; Brown, 1959; Erikson 1958 y 1969; Gay, 1985; Scott, 1986); con la literatura (Kurzweil y Phillips, 1983; Pereira, 1997; Tambling, 2012); o con la filosofía (Johnston y Malabou, 2013; Lacan 1990; Constante y Flores, 2006; Badiou, 2013).

Existen revistas abiertas al diálogo entre psicoanálisis y ciencias sociales. Varias de ellas han dejado de existir, como la clásica *Imago*, pero muchas se mantienen hasta hoy: *American Imago*; *Psychoanalysis, Culture & Society*; *Free Associations*; *The International Journal of Applied Psychoanalytic Studies*; *The International Journal of Psychoanalysis*; *Organizational and Social Dynamics*;

*Psyche. Zeitschrift für Psychoanalyse; Psychoanalysis and History; Revue psychoanalytiská psychoterapie; Studies in Gender and Sexuality*. La presencia de América Latina en este tipo de publicaciones es comparativamente menos importante, aunque destaca en Argentina la *Revista de Psicoanálisis*, fundada en 1943. Mayor presencia han tenido proyectos editoriales o colecciones —como, en América Latina, la colección Psicoanálisis y Ciencias Sociales—, así como seminarios permanentes, redes, grupos de investigación y simposios, entre los que se cuentan el Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos (SIDEA); la Red Interamericana de Investigación en Psicología y Política (REDIPPOL) y el grupo de investigación Psicoanálisis, Pensamiento Político y Ciencias Sociales: Conceptos Fundamentales desde la Teoría Psicoanalítica, todos ellos en América Latina, destacando la comunidad psicoanalítica y de científicos sociales de Argentina.

#### PSICOANÁLISIS Y CIENCIAS SOCIALES. PROBLEMAS DE FRONTERA

Hay poca duda sobre el esfuerzo de Freud por establecer un puente con las ciencias sociales (Elliott, 2004). A diferencia de él, Lacan, quien después de Freud ha tenido la mayor de las influencias en las ciencias sociales —aunque sobre todo en las humanidades— no se interesó en las ciencias sociales (Elliott y Prager, 2016). Pese a que ese puente se fortalece hacia el final de la obra de Freud, ya es evidente en sus escritos más tempranos. Una conocida e importante referencia es un artículo de inicios del siglo XX (Freud, 1907) en el que Freud identifica equivalencias entre las actividades compulsivas de pacientes y las prácticas religiosas. Otro texto temprano en que puede evidenciarse un gesto sociológico es “La moral sexual ‘cultural’ y la neurosis moderna” (Freud, 1908). En el mismo periodo, con su artículo “El interés en el psicoanálisis” (Freud, 1913), afirma que la dimensión que él descubre, el inconsciente, juega un rol clave en todos los asuntos relativos a la acción humana en general.

Coincidiendo, Paul-Laurent Assoun (2003), considera que, si bien Freud hizo una contribución específica a las ciencias sociales al introducir la perspectiva del inconsciente, esa contribución es tan esencial que puede rastrearse en todas las disciplinas que buscan comprender el fenómeno de lo colectivo, que van desde la sociología a la psicología social, pasando por la etnología, la ciencia jurídica, la criminología y la mitología. El inconsciente freudiano ha sido desplazado por nociones como el inconsciente lingüístico de Lacan, o de fantasía inconsciente en el psicoanálisis poskleiniano, lo que no quita que siga siendo una referencia crucial para todo desafío a la concepción puramente racionalista de sujeto (Ffytche, 2016). En ello pueden coincidir diferentes variaciones posfreudianas del psicoanálisis.

Freud no tuvo contacto ni personal ni intelectual con los clásicos de la sociología, Max Weber o Émile Durkheim, quienes en la misma época —es

decir, en torno al cambio del siglo XIX al XX— desarrollaron sendos paradigmas sociológicos. Para Stéphane Haber (Ffytche, 2016), quien considera a Freud también como un sociólogo, ello no es signo de que Freud no tuviese interés en lo social. La de Freud, dice Haber (2012), es una sociología especial, que, aunque de manera marginal, puede encontrarse de modo sistemático en toda la obra de Freud.

Además de los ya citados, existen los así llamados textos sociales de Freud, como *Tótem y tabú* (Freud, 1912), *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921), *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1927), *El malestar en la cultura* (Freud, 1930) y *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939). En estos textos, Freud desarrolla un análisis de aquello que funda y modifica el lazo social, la empatía, la identificación, la sugestión, la civilización, así como el malestar con la vida en sociedad. Son textos fundamentales en el sentido de que tratan sobre las formas elementales de la vida social. Muchos llaman a estudiar más de cerca los textos de Freud para hacer más tenue la oposición entre la psicología individual y lo colectivo (Fugier, 2019). En sus trabajos, *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921), y *El malestar en la cultura* (Freud, 1930), Freud establece una equivalencia entre la dinámica instintiva de los grupos y aquella de los individuos, y ello a partir de la reducción de la primera a la segunda. Esto significó excluir fuerzas propiamente sociales.

La especificidad del psicoanálisis es el descubrimiento de la dimensión de lo inconsciente, del carácter relevante de la sexualidad infantil y la estructura edípica (Viñar, 2009). La teoría freudiana del complejo de Edipo ha sido ampliamente cuestionada, pero constituye una forma ineludible de abordar la vida social y que debía ser discutida, aunque fuese para refutarla. No hay que olvidar que varias de las tesis sobre la vida colectiva, desarrolladas por Freud, tienen a dicho complejo en su base. Así es con los tabúes de las sociedades totémicas y la hipótesis de la organización de la horda primitiva (Baudouin, 1950), expresada por Freud (1912) en *Tótem y Tabú*.

Lutzky (2021) señala que la idea del inconsciente no es incompatible con la comunicación; es decir, con la intersubjetividad o lo social. Para él, los textos de Freud —en particular los así llamados, y arriba citados, textos sociales— contienen en su núcleo la idea de un sujeto enlazado con los otros, conformando lo social y la sociedad, y la idea sobre lo inevitable de la presencia del otro en la vida anímica del individuo, como queda claramente expresado en su estudio sobre las masas y sobre la identificación en tanto que el lazo emotivo más primigenio (Freud, 1921). Su propuesta constituye una versión inédita sobre el origen del lazo social y la cultura, que contribuye de manera específica a las ciencias sociales (Assoun, 2008). Son precisamente las hipótesis sobre el lazo social lo que interesó a Hans Kelsen, quien rechazando la figura idealista del espíritu de un pueblo (*Volkgeist*), se preguntaba si había algo que uniese a los miembros de un Estado, más allá del frágil lazo estatal-ciudadano (Melossi, 1990). La influencia importante más reciente de la teoría de las masas de Freud

está en la obra de Ernesto Laclau sobre el tipo de lazo social que constituye la forma populismo (Laclau, 2018).

El psicoanálisis se aplica a fenómenos sociales y culturales en busca de las analogías, generando así un vínculo fuerte sobre todo con la antropología. En este marco, Freud identifica la coincidencia entre el Edipo individual y la prohibición totémica de no matar a los antepasados y la exigencia de la exogamia. Antropólogos, como Géza Róheim (1968), han mostrado la pertinencia de las hipótesis relativas al Edipo y el asesinato colectivo del padre, para la comprensión de mitos y leyendas en todo tiempo y lugar. En un registro distinto, Haber (2012) señala que el aporte de Freud no debe buscarse tanto en las grandes estructuras de las sociedades modernas, sino que en aquellas formas emergentes, (aún) no solidificadas, indecisas o inestables de lo social, en la heteronomía del mundo social y su compleja imbricación con la esfera de la psique individual; tiene que ver con aquello que se resiste o desafía el orden social. En este sentido, los temas freudianos refieren a cuestiones como la coacción, el sufrimiento y la violencia, todos temas por los que Haber (2012) dice que Freud debe ser revisitado revitalizando su aporte a las ciencias sociales.

Una visión distinta a la de Haber se obtiene de la recepción del “superyó” y su influencia en las ciencias sociales. Esta noción es clave para situar la relación entre el psicoanálisis freudiano y las ciencias sociales, pues se entiende como una introyección en el aparato psíquico de la coacción y el orden social (Baudouin, 1950). El modo en que Freud describe la operación del psiquismo deja ver claras alusiones al proceso jurídico, en especial cuando se trata de la culpabilidad y el funcionamiento del superyó (Schoenfeld, 1965), que asume a nivel psíquico la tarea del juicio de la conciencia moral, en equivalencia a la responsabilidad del juez. El superyó es aquel eslabón que le faltaba a Durkheim para entender cómo las fuerzas sociales actúan de manera coactiva sobre los individuos (Baudouin, 1950). Esta dimensión normativa en que lo social es introyectado a nivel psíquico, constituye la base de la relación que establece el joven Talcott Parsons entre su teoría de sistemas y el psicoanálisis (Hechl, 2021; Joas y Knöbl, 2004). La noción freudiana de superyó vista desde la perspectiva de su relación con el vínculo de culpa y repetición entre individuos, nacido del asesinato y el tabú primario, sirvió a Kelsen para sustentar su idea de norma fundamental (Melossi, 1990; Schoenfeld, 1965; Terquem, 2012).

Pero indiscutiblemente es la noción de inconsciente la más clave y de mayor impacto. La mayoría de las discusiones, problemáticas y potencialidades de la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales refieren en último término a la transformación de la noción de sujeto que dicha noción trae consigo. Para los investigadores en ciencias sociales el psicoanálisis transforma la concepción de sujeto y las representaciones que el hombre hace de sí mismo (Assoun, 2003; Bertrand y Doray, 1989). Su comportamiento no puede reducirse ni comprenderse con base en lo que observamos, ni tampoco al sentido mentado de la acción según la perspectiva del propio sujeto, *à la* Max Weber (2002). La noción de inconsciente pone en cuestión al sujeto

consciente, cartesiano, conocedor de todo, potente y exclusivamente racional (Johnston, 2016). El sujeto del psicoanálisis es incompleto, se desconoce (Lutzky, 2021). Con ello, el psicoanálisis abre un continente desconocido tanto para quien objetiva la acción como para el propio actor; continente según el que dicha acción tiene su raíz en el deseo y la pulsión. John Seeley (1967) plantea esta novedad, en términos tan paradójales como indiscutibles, al decir que la noción de sujeto posterior a Freud es muy distinta a la anterior a él, de modo que la propia imagen freudiana del hombre no puede sino ser incompleta, pues no incorpora el efecto de reflexividad que nace con el propio psicoanálisis (Lamo, 2018).

Los esfuerzos del propio Freud por establecer puentes con lo social, así como los efectos de conceptos clave como inconsciente, superego, entre otros, constituyen un modo psicoanalítico de aproximarse a lo social o a lo colectivo; un modo ciertamente distinto a las aproximaciones de las ciencias sociales tradicionales. De ahí que los esfuerzos por integrarlas por parte de quienes cultivan el psicoanálisis supongan típicamente una enorme cautela para no perder su especificidad y mantener firmes las fronteras. Para algunos esa frontera supone la defensa de una pureza original del psicoanálisis y la denuncia de muchos de sus usos sociohistóricos, más allá de los estudios freudianos, como transgresión. Ello lleva muchas veces aparejado la reducción del psicoanálisis al tratamiento de pacientes y, en particular, a la psicopatología. Se ha documentado la hostilidad de asociaciones psicoanalíticas, defensoras de la ortodoxia, frente a los esfuerzos por cooperar con las ciencias sociales (Viñar, 2009). La consecuencia de ello es la reducción del impacto de los trabajos de quienes buscan dicha cooperación. Esto se ha documentado también en otros campos como la psiquiatría y su relación con el psicoanálisis y las ciencias sociales (Vezzetti, 2019). Conceptos como sociopsicoanálisis, socioanálisis, socioterapia, han sido utilizados, sobre todo por autores ingleses y franceses desde mediados del siglo XX, como veremos más abajo, y, sin embargo, hasta hoy no se encuentran plenamente aceptados por parte importante de la comunidad psicoanalítica. La crítica que se repite refiere a que el uso indiscriminado del psicoanálisis en el ámbito social ha terminado por transfigurar su verdadero aporte e incluso, en algunos casos (con o sin intención) en su transformación en instrumento de gestión.

En muchos, sin embargo, existe la convicción de que es posible mantener la especificidad irreductible del psicoanálisis, de una parte, y al mismo tiempo abrirse hacia el ámbito sociohistórico, y de que esta apertura es necesaria (Viñar, 2009). Uno de los caminos descritos en este sentido es alejarse de una perspectiva totalizadora para adoptar objetos de investigación bien circunscritos en los que pueda ponerse en práctica dicha convicción (Birman, 1998). En este punto la vía es doble, aquella adoptada desde el psicoanálisis y otra donde la iniciativa es tomada desde ciencias ajenas que recurren a él, como el derecho. Ejemplos destacados son la Cardozo School of Law (Caudill, 2016) y la escuela de Frankfurt del derecho penal con el fin de comprender las

bases psíquicas de la necesidad de la penalización del delito (Hassemer, 2003). En ambos casos, sea desde el psicoanálisis o desde ciencias externas a él, se mantiene, sin embargo, la mencionada tensión, los problemas de una “adecuada integración” de disciplinas y la exposición a la crítica.

Los problemas de articulación o cooperación entre el psicoanálisis y las ciencias sociales también tocan el ámbito institucional, pues, así como el psicoanálisis, por su parte, ha defendido un espacio fronterizo propio, asimismo no siempre es aceptado dentro del marco de las disciplinas universitarias y centros de investigación (Bertrand y Doray, 1989). Además de las cuestiones más puramente conceptuales —donde se identifica el modo en que el psicoanálisis ha influenciado las ciencias sociales pese a ciertas incompatibilidades de base—, Smelser (1999) aborda también la dimensión práctico-institucional. El diagnóstico global no ha cambiado según él: más allá de ciertas excepciones, el psicoanálisis no es relevante en la investigación social empírica que realizan investigadores sociales y del comportamiento. En psiquiatría, donde el psicoanálisis alguna vez tuvo algún espacio importante, ha sido casi completamente desplazado por visiones biológicas y, en concordancia, con soluciones farmacológicas.

La situación no es muy distinta en las universidades, en particular en los departamentos o escuelas de psicología. Salvo excepciones, en estas instituciones predomina un enfoque experimental, la teoría del aprendizaje y la psicología social, y una orientación psicoterapéutica inmediatista, quedando el psicoanálisis excluido como incompatible con el trabajo científico, precisamente por ser considerado no científico. Moreno Pestaña (2010) ha mostrado la exclusión del psicoanálisis de las facultades de psicología en las que se ha vuelto hegemónico un enfoque conductual, según el que la enfermedad psíquica es concebida como conducta aprendida, y modificable por terapias pedagógicas. En gran medida, ello responde a la vía empirista que carga sobre la noción de ciencia, y que involucra a la psicología. Lo que desde ciertas perspectivas intelectuales es visto como una riqueza del psicoanálisis, es denostado por otras más devotas de una lógica positivista, empirista o analítica. El psicoanálisis —no menos que la clarividencia, la adivinación, o la superstición—, se dice, transgrede la imagen del mundo construido por las ciencias empíricas (Méheust, Zafiroopoulos y Rabeyron, 2004). Contra ello, el psicoanálisis reclama poder ir más allá de fenómenos y razones meramente superficiales y manifiestas (Caudill, 2016). En este sentido, el psicoanálisis —a contracorriente de pensadores racionalistas e ilustrados— ha permitido abordar y comprender cuestiones como la superstición, en vez de simplemente rechazarla como falsedad o enfermedad, como lo hicieron Descartes o Voltaire (Centini, 2013).

Otro eje de distancia entre psicoanálisis y academia refiere al hecho de que cuando el primero se vuelca a la clínica, pierde espacio en la segunda. Ésta, por su parte, se ha encerrado en torno al empirismo, o a un rechazo radical de éste articulándose en torno al análisis lacaniano, como ha ocurrido en

Inglaterra desde la década de 1980, y perdiendo sensibilidad respecto de la experiencia analítica (Polmear, 2016). En su relación con otras ciencias, el psicoanálisis rechaza y es rechazado. Pero también acepta y es aceptado. Incluso si no encuentra mucho espacio en la universidad, y más allá de la crítica desde las ciencias que se apegan al positivismo en la investigación empírica, en la dimensión más intelectual o teórica de las ciencias sociales (Basaure, 2013) el psicoanálisis encuentra gran aceptación partiendo por los grandes teóricos de las disciplinas sociales, como Talcott Parsons, Theodor Adorno y Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Jacques Derrida o Anthony Giddens, Luce Irigaray, Judith Butler y Slavoj Žižek, entre muchos otros. Precisamente se trata de autores críticos de una perspectiva puramente empírica y positivista de las ciencias sociales. Cornelius Castoriadis, Julia Kristeva, Jean Laplanche desarrollan desde el psicoanálisis conceptos de imaginación que complejizan o desarrollan la perspectiva lacaniana, y ponen un desafío de integración a las ciencias sociales (Elliott, 2016a). A este punto de conexión se suma que el psicoanálisis y las ciencias sociales rechazan el biologismo, la neurociencia y el conductismo como explicación de la conducta, en especial de las patologías mentales (Moreno, 2010).

En un contexto polarizado de este modo, muchas veces la tradición psicoanalítica se transforma más en una demanda de estudiantes por simposios, seminarios y coloquios, antes que en una parte integral de la docencia, investigación o extensión académica institucional. Si eso ocurre en las carreras de psicología, dice Smelser (1999), ello es mucho más acentuado en relación con la orientación empírica de las carreras de sociología y ciencia política y, más aún, en el caso de los economistas. En el caso de la antropología, la oferta del psicoanálisis para el estudio de la relación entre cultura y personalidad compite con varios otros paradigmas (Smelser, 1999).

#### MÁS ALLÁ DE LA DEFENSA DE FRONTERAS: BARRERAS CONCEPTUALES BÁSICAS

Smelser (1999) identifica los grandes problemas para establecer el vínculo entre la tradición psicoanalítica y la de las ciencias sociales. En primer lugar, los escritos clásicos de Freud, en especial aquellos relativos a la civilización, suponen un problemático dualismo y una relación antagónica entre la naturaleza humana y la cultura, ignorando con ello el lugar mediador o determinante de las instituciones y condiciones sociales y, por tanto, el papel del análisis social. Para muchos, el psicoanálisis presupone un determinismo universal (Lamo, 2018), que lo hace insensible a las diferencias culturales y su rol en la construcción subjetiva. Respecto de este punto, para muchos, la noción de familia occidental, momento clave en la hipótesis psicoanalítica, se presupone e impone a contextos en que ese modelo no es válido. Con ello se anima toda la discusión y crítica comunitarista que denuncia que lo particular es presentado, de contrabando, como universal. Lévi-Strauss tuvo mucha influencia del psicoanálisis (Rossi, 1973). Ello

abrió la posibilidad de conectar el complejo de Edipo con las ciencias sociales mediante el simbolismo y la estructura de relaciones en vez de entenderlo como un conjunto de actitudes psicológicas. Definido el inconsciente en términos de unidades significantes que derivan de relaciones recíprocas entre representaciones, puede pensarse que el psicoanálisis comparte con las ciencias sociales una lógica estructural. El Edipo se entiende a partir de un sistema de relaciones necesarias y universales que constituyen una escena en la que los individuos toman posición, pero que no definen. En vez de fijarse en la dimensión individual, en los personajes, en los términos, se trata de hacerlo sobre las relaciones. La base de este vínculo entre psicoanálisis y antropología es la lingüística estructural, parte también de las ciencias sociales.

Cuando un psicoanalista, como es el caso de Erikson, se interesa en la cooperación con las ciencias sociales, dice Smelser (1999) —y por ello incorpora aspectos históricos, sociológicos—, ello genera tensión e incomodidad disciplinaria. El concepto eriksoniano de “moratoria psicosocial” (Erikson, 1994), por ejemplo, es un concepto reconocido en ciencias sociales; cuya expresión es dependiente de contextos sociohistóricos específicos, como es la prolongación comparativa de la adolescencia producto de la masificación de la educación superior. La razón de esa tensión disciplinaria reside en la presión que constituye el reconocimiento de los universales postulados por el psicoanálisis. Smelser propone como ejemplo la teoría de los sueños de Freud, según la que cuestiones como el agua o las serpientes tienen significados universales, pero que se ve contrariada o relativizada en la medida en que uno se adentra en las particularidades y diferencias históricas y culturales (Smelser, 1999).

Bajo una lógica cartesiana, la medicina moderna occidental ha reducido el cuerpo a su dimensión biológica o natural, y la conciencia a lo racional y a la libertad, ganada con base en la moral. Con ello, la enfermedad biológica en tanto que falla del cuerpo tenía su contraparte en la enfermedad psíquica como “falla moral”. Hay quienes ven que este modelo de sujeto fue importado desde la filosofía al psicoanálisis y a las ciencias sociales (Stolkiner, 2021). El psicoanálisis supone un determinismo universal (Lamo, 2018) y con base en ello constituyó un discurso excluyente y patologizador, por ejemplo, de la diferencia sexual. Desde muy temprano la diferencia sexual fue constituida como anormal por la investigación científica, y no sólo en el sentido empírico de desviación de la norma sino además en los términos morales de la monstruosidad (Foucault, 1999). Freud no escapa a esta tradición y analiza la voluntad de cambio de género en términos de psicosis. Eso se proyectó en gran parte del siglo xx en psicoanalistas y psicólogos que concibieron ampliamente a la transexualidad en términos de un síndrome médico (Connell y Pearse, 2014).

En el contexto de la teoría crítica y otras perspectivas como la sociología clínica, el psicoanálisis es usado como una herramienta de develación de las formas psíquicas de funcionamiento del poder mediante la interiorización de determinados valores, normas y prohibiciones (Maldonado, 2020). Pero desde la

perspectiva de la crítica social existe también una denuncia al psicoanálisis. Hay una crítica bastante conocida que refiere a la relación paciente analista, descrita en términos de una relación de poder. Riesman (1968), por ejemplo, señala que, muchas veces, Freud llama “resistencia” a la oposición a realizar la transferencia y a la negación de la autoridad del analista. Resistencia, dice Riesman, viene a hacer cualquier oposición, cualquier interpretación alternativa a la del analista; y describe la situación de análisis en Freud como una situación de poder y presión sobre el paciente (Riesman, 1973). En un nivel más macro, acusa la lógica del tratamiento de los enfermos por parte de Freud y el psicoanálisis, pues esa lógica supone una minoría desviada de la norma. Freud a este nivel acepta como referencia al hombre normal de su época.

En segundo lugar, con foco en la lógica de las fuerzas intrapsíquicas, el psicoanálisis supone niveles y unidades de análisis incompatibles con el que usan las ciencias sociales (Smelser, 1999). Como se ha dicho, un modelo basado en la motivación inconsciente es difícil de conciliar con otros modelos en los que la motivación individual se basa, por ejemplo, en una elección racional, o en influencias de grupo o culturales. Por último, en tercer lugar, ambas tradiciones conciben las causas o fuentes de cambio de manera muy distinta (Smelser, 1999).

No cabe mucha duda de que el problema crucial que enfrenta la posibilidad de un diálogo entre el psicoanálisis freudiano y las ciencias sociales reside en el cuestionamiento a su teoría de los instintos, según la cual estos tienen una raíz biológica. De acuerdo con ello, para hacer dialogar fructíferamente al psicoanálisis y las ciencias sociales, hay que ir más allá de Freud. Charles Baudouin hizo un análisis muy agudo de este punto conflictivo entre Freud y las ciencias sociales. Directamente después del fin de la Segunda Guerra Mundial —es decir, con la mirada puesta en el horror de los campos de concentración— este autor señalaba que Freud aparece como un profeta, un adelantado a esos tiempos sombríos. En la teoría de Freud, dice Baudouin (1950), el hombre está atrapado entre dos alternativas, ambas poco promisorias: el desencadenamiento de la agresión destructiva hacia los otros y la vida social, de una parte, o la vuelta de esa agresividad contra sí mismo mediante su introyección en el superyó, de la otra. La ley internamente aceptada sólo puede nacer de una agresividad reprimida, instalada como sadismo del superyó o masoquismo del yo. Pero la alternativa a esta forma de agresión contra sí mismo, es la agresión liberada hacia el exterior expresada en la brutalidad de la horda, que es la que se manifiesta en épocas furiosamente violentas como las catástrofes del siglo xx (Baudouin, 1950). El pesimismo de Freud se basa en la convicción de que el orden de la vida social se monta sobre un equilibrio social que oscila entre estos dos extremos, el que puede dar paso a la agresión abierta en la medida en que se deshacen o pierden éxito las sublimaciones, y dejan abierto el paso a la expresión instintiva. Los campos de concentración serían expresión de un tal momento de desublimación. Si el estado normal de la sociedad es ya fuente de pesimismo, más lo es en esos momentos en que fracasan las formas de tratar con los instintos.

Un ejemplo clave al interior de la teoría social del carácter problemático de la teoría de los instintos de Freud —y de los modos en que ella sea rechazada o adaptada para establecer un diálogo fructífero con las ciencias sociales— es la crítica del así llamado “revisionismo” en el contexto de la primera generación de la Escuela de Frankfurt. Como es sabido, esta tradición se nutre de una interpretación no ortodoxa del marxismo y de una peculiar forma de relación entre éste y otras teorías como la de Max Weber, Nietzsche, Schopenhauer; pero principalmente el psicoanálisis freudiano (Gordon, Hamner y Honneth, 2018; Jay, 1996; Wiggershaus, 2001). El vínculo entre el marxismo y el psicoanálisis tuvo su primer momento en el “freudomarxismo” de Wilhelm Reich, quien abordó el rol de la familia en las conductas autoritarias de las personas (Grønset, 1982), y el del capitalismo patriarcal en la supresión de lo instintivo; todos temas que marcarán fuertemente los trabajos posteriores de los investigadores de Frankfurt.

Cercano originalmente a Reich, en los orígenes del Instituto para la Investigación Social de Frankfurt, Erich Fromm tuvo un lugar clave en las investigaciones iniciales de este instituto inspiradas en el freudomarxismo (Jay, 1996), tanto de orden teórico, metodológico, referidas a los caracteres y la investigación empírica sobre autoridad y familia (Fromm, 2015; Jay, 1996; Wiggershaus, 2001). En intenso diálogo con Karen Horney, Fromm separa prontamente su perspectiva de la de Freud, lo que será acusado de “revisionismo” por sus colegas de la Escuela de Frankfurt. Estos encuentran una vía para rescatar la dimensión instintiva para una ciencia social crítica. Fromm, según ellos, realiza una desvalorización de la relevancia de la sexualidad y reemplaza la teoría instintiva de Freud por una basada en procesos de socialización y asimilación experimentados por el individuo. Con el tiempo se impondrá la desexualización en el sentido de que la cuestión de la sexualidad, columna vertebral del freudismo, tenderá a ser menos relevante (Dimen, 2016).

Su concepto de “carácter social” se basa en esta perspectiva, seguida por destacados discípulos como el sociólogo David Riesman (Riesman, Glazer y Denney, 2020), quien realizó un influyente estudio sobre las transformaciones del carácter de los americanos. Fromm rechaza con ello el universalismo contenido en el Edipo freudiano y en las teorías de las pulsiones. Él reconoce el ámbito del inconsciente como el aporte más importante de Freud, pero al mismo tiempo lo lee como alguien que revisa finalmente la representación del yo como el mero resultado pasivo del instinto (interno) y del control social (externo), con poca agencia subjetiva al respecto. Para corregir esto, se requeriría un enfoque conceptual e investigativo más dinámico y sociológico, en el que el individuo fuese dotado de más capacidad de agencia o libertad, cuestión que no habrían logrado ver o aceptar autores como Marcuse.

Este vínculo más fuerte, a favor de la sociologización de yo, explica el interés de los científicos sociales en la obra de Fromm. Los esfuerzos de integración del psicoanálisis con las ciencias sociales suponen en primer lugar una revisión del psicoanálisis clásico y ortodoxo y una apertura hacia la

interdisciplina. Ello implica además un esfuerzo institucional. En la Argentina de mitad del siglo XX, y teniendo como escenario la recepción de toda América Latina, Gino Germani realizó un esfuerzo de este tipo. Con la ayuda de la editorial Abril, apoyó la traducción de autores clave para sustentar dicha integración, como son Karen Horney, Erich Fromm, entre muchos otros, y contribuyó a su recepción y difusión (Germani, 2013), marcando por décadas el modo en que se tradujeron y entendieron en castellano conceptos básicos de las ciencias sociales de esa época. En función de estos autores, la discusión con sus colegas buscó revisar el freudismo ortodoxo con el fin de conectar el psicoanálisis a las ciencias sociales; todo ello para reforzar el poder de intervención político cultural de éstas sobre el mundo social; en especial, sobre los orígenes del peronismo, la crisis de las instituciones democráticas y la socialización política de la juventud fascista (Germani, 2013). En una misma dirección, orientada a abrir el psicoanálisis a las ciencias sociales, se encuentran los esfuerzos de Marie Langer y Enrique Pichon-Riviere y José Bleger en Argentina (Moreno, 2010).

Adorno, Horkheimer y Marcuse fueron críticos de la sociologización y “agencialización” operada por Fromm y sus colegas. Para estos autores, Fromm, un pensador originalmente radical, que avivó el freudomarxismo, adoptó más tarde posiciones conceptuales que lo condujeron a un moralismo idealista que —además de perder profundidad en el análisis y terminar siendo un autor superficial— reafirmaba sin querer el *statu quo*. La sociologización del individuo, presente en la noción de carácter social como caracteres integrados, es considerada como un error consistente en construir una totalidad unificada en la que la psicología quedaba supeditada a la sociología y lo mismo al revés. Con ello se depositaba todo el énfasis en los procesos de socialización, y luego en un voluntarismo optimista, ingenuo y afirmativo de conceptos morales, a la ética humanista del amor; la crítica superficial de la competencia en tanto que fuente de los conflictos.

Para los teóricos de la *Dialéctica de la Ilustración* (Horkheimer y Adorno, 1988) el negativismo pesimista, de una parte, y la idea de un sujeto no integrado y de la no identidad, de la otra, correspondía mucho mejor a la realidad de la sociedad capitalista occidental moderna, que ellos criticaban radicalmente en términos de una “sociedad completamente administrada”. El problema para ellos no estaba en las dimensiones instintiva y sexual, sino más bien en cómo comprender su interacción con las condiciones sociohistóricas, descritas, en este caso, desde una perspectiva marxista. Es precisamente en esas dimensiones donde residía para ellos el potencial radical del psicoanálisis, que es lo que Fromm había perdido (Marcuse, 1955). Desde esta perspectiva es un error mantener una concepción estática y mecánica de los instintos, que es la que habrían tenido los revisionistas. Correcto es entenderlos como flexibles y con muchas variaciones posibles, según la interacción con las circunstancias externas, con las experiencias típicas de contextos sociohistóricos y culturales particulares. Éstas son fundamentales en tanto experiencias infantiles, especialmente traumáticas, por ser

cruciales en la formación de las personalidades o caracteres. Esas circunstancias además ponen restricciones sobre los impulsos generando represión y sentimientos de culpa, búsqueda de castigo. La desexualización del análisis, operada por Fromm, significaba, por ejemplo, no comprender las bases sexuales del sadismo, que podía observarse con claridad, por ejemplo, en los nazis.

Al mismo tiempo, para estos teóricos, la libido consistiría un concepto indispensable en la medida que constituye una dimensión de la existencia humana irreductible, fuera del alcance de un control social total. Esto está en la base de la teoría de Marcuse (1955) sobre la relación entre eros y civilización. La referencia clave para Marcuse es el libro de Freud (1930), *El malestar en la cultura*. El original es *Das Unbehagen in der Kultur*, publicado en 1930. La traducción es ajustada siempre y cuando se entienda por ello un estado no tematizable directamente en términos reflexivos o conscientes. El concepto inglés es el mismo que en el francés: *malaise*. Pero en la traducción inglesa se usó *discontent*, en vez de *malaise*. El libro fue traducido como *Civilization and its Discontent*, y ello puso de manifiesto dos cuestiones problemáticas para el vínculo entre psicoanálisis y ciencias sociales (Basaure, 2013).

Bruno Bettelheim (1984) mostró bien el carácter doblemente problemático de dicha traducción: por una parte, porque por *discontent* se entiende más bien disgusto, insatisfacción o molestia; es decir, un estado negativo consciente producido por un quiebre de expectativas. En este sentido, el descontento se piensa como si fuese el producto de una reflexión intelectual cuando, justamente, Freud está pensando en una cosa que no tiene una forma estrictamente consciente, sino que más bien difusa y difícilmente tematizable. Por otra parte, Bettelheim ve muy bien que hay un despropósito en traducir *Kultur* por *civilization*, pues esto da la idea de que, saliendo de una civilización, por ejemplo, la occidental, podría terminar el malestar. Pero Freud estaba pensando más bien en el costo que se paga por vivir en un orden social, cualquiera sea él. *Kultur* refiere a un orden, a la sociedad, a las instituciones, a la vida en sociedad. Ahí donde hay orden social, ahí hay un costo de malestar en el individuo, básicamente producido por el alto nivel de renunciaciones a las que debe someterse. Siendo así, la visión freudiana refiere al malestar como a algo invariante, a una consecuencia necesaria de la vida en sociedad. La única alternativa sería el “estado de naturaleza”.

De este modo el concepto es bastante poco político y ciertamente caldo de cultivo para un pensamiento conservador, muy distinto al espíritu marcuseano. Marcuse (1955) responde a Freud diciendo que el malestar contemporáneo es producido por el orden capitalista; pues éste exige un exceso de renunciaciones, de represión, que son necesarias para el mantenimiento de su orden de dominación. Bajo otro orden social —aquél imaginado por Marcuse, bajo nociones como trabajo libidinal, juego, entre otros— tal malestar sería aplacado o, al menos, disminuido a lo estrictamente necesario. No se exigiría un exceso de represión. Aquí no hay negación de la dimensión libidinal, pero sí una reinterpretación de Freud de cara a una crítica de la sociedad capitalista.

Esa posibilidad se perdería con la desexualización de la teoría, pues ello elimina la diferencia entre apariencia y esencia en los conflictos, poniendo todo en el plano de la apariencia y la superficie, impidiendo ver la diferencia entre la verdadera y la pseudogratificación, siendo esta última la única posible en las sociedades capitalistas modernas.

Las siguientes generaciones de la Escuela de Frankfurt se separarán radicalmente en este punto de las posiciones de Adorno, Horkheimer y Marcuse, fundamentalmente porque se asume un concepto intersubjetivista de subjetividad, según el que en ésta no quedan restos no socializados a los que anclar una dimensión emancipadora. Ésta residirá más bien en los propios procesos intersubjetivos, ya sea mediante la comunicación o el reconocimiento (Basaure, 2011a).

#### MÁS ALLÁ DE LAS BARRERAS: LOS ESFUERZOS DE INTEGRACIÓN

Las barreras discutidas arriba se extienden en un debate —ya prefigurado en la teología— sobre si el origen de los males en el individuo reside en el mismo o en la corrupción de éste mediante la sociedad; entre Freud y Rousseau, si se quiere (Smelser 1999). Conocido a este respecto es el intercambio epistolar de Freud con Albert Einstein (Einstein y Freud, 2005) sobre los orígenes motivacionales de la guerra. Esta lógica dualista entre individuo y sociedad se reproduce, como se vio arriba, en la crítica de Marcuse (1955) a Freud al asumir que la destructividad de la civilización tiene origen en las patologías ocasionadas por el capitalismo y no el impulso psíquico agresivo. Smelser (1999) también recuerda a Alice Miller (2006), para quien el sufrimiento infantil refiere a las crueldades objetivas vividas por ellos y no a la dinámica del deseo y el conflicto intrapsíquico.

Frente a este tipo de debates dicotómicos, Smelser (1999) no sólo pone en cuestión su fertilidad, sino que además releva la importancia de aquellas perspectivas que buscan establecer puentes y formas de interacción entre ambas fuerzas, intrapsíquicas y sociales. Este tipo de deriva integrativa entre psicoanálisis y ciencias sociales ha ganado terreno hoy en día. Un ejemplo de ello es el análisis biográfico con orientación psicoanalítica. El psicoanálisis transforma los parámetros de la lógica causal (por qué alguien hace algo), cuestión que incide fuertemente en la narración biográfica. Junto con ello, el psicoanálisis pone el acento en el evento trauma, y con ello en el sufrimiento subjetivo y la afectación psíquica, y no en cualquier evento en general. El trauma es un fenómeno a la vez externo e interno, involucra “lo que” ocurre y “qué” ocurre en el individuo como cosas relacionadas pero independientes a la vez (Leclerc-Olive, 1997). El psicoanálisis puede tener la tendencia a privilegiar la dimensión interna, dejando de lado las realidades sociohistóricas, pero según Leclerc-Olive (1997) ello ha cambiado y se ha dado mayor importancia a estas realidades, sin que por ello se vuelva a una perspectiva prefreudiana de causalidad puramente exterior.

Se plantea aquí nuevamente la cuestión de las fronteras entre lo psíquico y lo social, entre el psicoanálisis y las ciencias sociales. Frente a ellas, los esfuerzos de integración parecen cada vez más relevantes que la insistencia en defenderlas, o de simplemente limitarse por las mencionadas barreras, al momento de tratar la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales. Entre ellas se cuenta la ya mencionada teoría crítica, la sociología clínica, y el feminismo.

### *La tradición de la teoría crítica*

La tradición de la teoría crítica de Frankfurt no ha dejado nunca de establecer un diálogo positivo con el psicoanálisis. Ello desde la propuesta de vínculo entre psicoanálisis y marxismo en los años treinta del siglo pasado, realizada por Erich Fromm (2015), hasta las bases de la teoría del reconocimiento de Axel Honneth (2010), en la teoría de las relaciones objetales de Donald Winnicott (1965), pasando por los trabajos de Theodor Adorno sobre la personalidad autoritaria (Adorno, 2019), la propaganda fascista y el antisemitismo (Horkheimer y Adorno, 1988) y, la idea del joven Habermas (1973) de establecer al psicoanálisis como ejemplo de autorreflexión y reconstrucción, y con ello, como modelo para la teoría crítica.

Además de establecer un inédito vínculo freudomarxista, la Escuela de Frankfurt se caracterizó originalmente por desarrollar y testear sus tesis teóricas mediante la investigación empírica, cuestión altamente innovadora dentro del marco teórico del neomarxismo (Jay, 1996). Esta orientación a la vez teórica y empírica, que estaba presente desde el mismo origen de dicha escuela en los treinta, se profundizó con la colaboración de colegas durante el exilio en Estados Unidos (Wiggershaus, 2001). Muchas de estas investigaciones tienen en común entender y descubrir los mecanismos psíquicos de dominación y poder que sostienen y fortalecen órdenes sociales patológicos, injustos e incluso criminales. El punto en este sentido es descubrir los mecanismos que conducen a la participación voluntaria y autónoma —es decir, sin coerción— en dichos órdenes, e impiden procesos de emancipación.

Ejemplos de esta orientación investigativa son los estudios sobre la personalidad autoritaria donde Adorno y sus colegas (Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, 2019) estudiaron los tipos de carácter que resultan más receptivos al discurso demagógico de agitadores fascistas (Jay, 1985). Concordante con este estudio psicosocial es la investigación *Prophets of Deceit* (Lowenthal y Guterman, 2021), prologado originalmente por Max Horkheimer y luego en una segunda edición por Herbert Marcuse, y hoy —dada su actualidad por lo ocurrido con el fenómeno Trump en Estados Unidos—, en una tercera edición, por Alberto Toscano. En el mismo sentido, Martin Jay (Stoll, 2021) ha relevado la pertinencia actual de la obra de Lowenthal. El libro pone al descubierto las técnicas y recursos psicosociales o inconscientes con fines

políticos utilizados por los agitadores profascistas y antisemitas, como el enemigo proyectado (fuerte y débil a la vez, perseguidor y presa), y que suscitaban su atractivo (Jay, 1985). El descontento en sociedades capitalistas es conducido y enfocado por agitadores, principalmente mediante la acusación de un enemigo, como los judíos, los migrantes, etc., contexto en el cual el agitador se ubica como único líder, capaz de solucionar la crisis. Esto coincide con el estudio de Erikson (1993) que mostraba que Hitler encarnaba la figura del hermano mayor o el padre autoritario que facilitaba el paradójico anhelo y rechazo de la autoridad que caracterizaban la rebeldía confusa de la personalidad fascista (Jay, 1996). La fuente principal de estos estudios —así como aquellos sobre la propaganda fascista (Adorno, 2005) y sobre la astrología en tanto que una ideología que respondía a las necesidades irracionales de personas que respondían al tipo autoritario de personalidad (Adorno *et al.*, 2019)— fue el psicoanálisis (Jay, 1996). En la misma medida que se criticaba los mecanismos inconscientes que operan en la producción de conductas, la perspectiva de los teóricos de Frankfurt y sus asociados no podía aceptar la idea del sobrino de Freud, Edward Bernays, de utilizar la psicología de masas para manipular la opinión pública y generar consensos para un buen gobierno; idea que, más allá de sus buenas intenciones, tiene un carácter totalitario y no por casualidad termina inspirando a personas como Goebbels y más tarde a grandes compañías comerciales (Horel, 2019).

La teoría crítica constituye una tradición tanto por rupturas como por continuidades teóricas (Basaure, 2011a). Respecto del psicoanálisis, Habermas, discípulo de Adorno, desplazó radicalmente la perspectiva. En su libro *Conocimiento e Interés*, Habermas (1973) concibió al psicoanálisis como ejemplo y modelo para la teoría crítica, cuestión que, en su teoría de la acción comunicativa (Habermas, 2011), perderá relevancia y no la recobrará más tarde. La mencionada idea de Habermas respecto del psicoanálisis se desarrolla en el marco de una distinción analítica entre tres tipos de interés humano, de conocimiento, modos de investigación y tipos de acción. El interés del conocimiento técnico, propio de las ciencias naturales, es instrumental y se basa en la explicación causal, se orienta al control técnico sobre la naturaleza. El interés de conocimiento práctico se orienta al entendimiento comunicativo y su fin es el mejoramiento de la comunicación y el entendimiento entre las personas. Por último, la humanidad también tiene un interés en la emancipación, en la crítica y la liberación de condiciones negativas, cuyo tipo de conocimiento es básicamente la reflexión, que se encarna en la investigación social de la teoría crítica y el psicoanálisis. A éste, así como a la filosofía, se le encarga la crítica de la ideología y la reflexión sobre la autoalienación (Apel, 2008). La idea central es que la historia del sujeto no sólo no es evidente ni transparente para él, o tiene una existencia inconsciente; se trata además de que, en el caso del paciente, ella se encuentra desfigurada o fracturada. Por esto, el análisis no trata sólo de una comprensión hermenéutica, sino que, junto a ello, de un interés emancipador.

Con su teoría de la acción comunicativa, Habermas asumirá una perspectiva decididamente intersubjetivista, lo que significa en su caso desechar cualquier idea de restos no socializados en el individuo. En este marco, el psicoanálisis dejará de tener un rol relevante en su obra. Axel Honneth, su discípulo, reforzará el intersubjetivismo, dará una nueva visión a la teoría crítica y sostendrá una nueva relación con el psicoanálisis. El vínculo entre la teoría del reconocimiento, de origen hegeliano, desarrollada por Honneth (2010), y el psicoanálisis está mediado por la obra del psicoanalista, Donald Winnicott (1965 y 1992). Si las relaciones, y con ello las experiencias de reconocimiento mutuo, son tan relevantes es porque su contrario, la falta de reconocimiento, afecta las relaciones prácticas del sujeto consigo mismo; esto es, la confianza en sí mismo, el respeto y la autoestima. Cada uno de este tipo de autorrelaciones requieren de la participación continua en relaciones de reconocimiento mutuo. La autoconfianza en particular, por ejemplo, se logra mediante experiencias de cuidado y amor desde el propio momento del nacimiento, y, por el contrario, ninguna identidad estable del sujeto es posible sin ellas. En todo caso, el acento de esta perspectiva psicoanalítica queda puesta en la experiencia social y la socialización (Basaure, Reemtsma, Willig, 2009), en las relaciones de apego, cuestión que será igualmente relevante en la recepción del psicoanálisis por parte de la teoría feminista; ello no sólo por adoptar ese enfoque y desarrollarlo, sino también por poner en cuestión que al tratar el apego primario haya énfasis en la figura materna (Fonagy y Campbell, 2016).

### *La sociología clínica*

Cuando se piensa en la relación entre psicoanálisis y ciencias sociales se trata ya sea el nivel del individuo, su conducta y relaciones intersubjetivas, de grupos o ya sea el conjunto de la sociedad, o ámbitos globales de ella como la cultura, el Estado, entre otros. En este escenario se ha tendido a dejar de lado el nivel meso de las organizaciones. Jean-François Chanlat (1990) ha puesto de manifiesto que en el estudio de ellas ha primado una ortodoxia basada en un modelo conductista que se inspira en el positivismo y que deja nulo espacio a la realidad interior del ser humano. Como reacción a ello, sin embargo, señala que en la segunda mitad y sobre todo hacia fines del siglo xx han tenido lugar investigaciones que recurren al psicoanálisis para dar cuenta de la relevancia de la vida psíquica en la dinámica del trabajo y de las organizaciones (Chanlat, 1990). Esas investigaciones se han centrado principalmente en cuatro ámbitos: en la dinámica de los grupos donde destaca la perspectiva del socioanálisis, desarrollada desde mediados del siglo xx (Bain, 2013); en los estudios del liderazgo, donde el acento se pone, de una parte, en la relevancia que tiene la dimensión del imaginario y lo inconsciente en personas líderes y, de otra, en los efectos que ellas y sus estilos tienen para las organizaciones.

Abraham Zaleznik (1989) y Harry Levinson (1972) son algunos los autores destacados por Chanlat en este punto.

Un tercer ámbito de investigación está representado por una psicología crítica de las organizaciones, orientada a develar los conflictos inexpressados y los efectos de normalidad que los esconden (Amado, Faucheux y Laurent, 1991). Si esta perspectiva investigativa tiene una vocación claramente más crítica que las anteriores, la cuarta línea de investigación identificada por Chanlat (1990) lo es incluso más. De lo que se trata aquí es de develar cómo los modos de organización del trabajo y las formas del *management* afectan negativamente el aparato psíquico de sus miembros, y se expresan en formas de sufrimiento social. La figura inspiradora de esta línea de trabajo es el psicoanalista y psiquiatra francés Christophe Dejours (2015; Dejours y Gernet, 2016). Estas líneas de investigación no sólo coexisten teniendo cada una su especificidad, sino que además se cruzan y relacionan generando, de conjunto, un campo de encuentro entre psicoanálisis y las ciencias sociales.

Estos esfuerzos tienen base en investigaciones en el mundo anglosajón (Wilfred R. Bion, Elliott Jaques) y en Francia (Max Pagès, Gérard Mendel, Didier Anzieu, Eugène Enriquez, entre otros). Jaques fue quien primero usó el concepto “socioanálisis” hacia mediados del siglo xx. Estos son antecedentes clave para la sociología clínica, desarrollada a inicios de la década de 1980, principalmente en Francia, por Max Pagè y Vincent de Gaulejac entre otros (Bonetti, Gaulejac, Descendre y Pagès, 2009; Fugier, 2019). Se trata de un área de la sociología —reconocida oficialmente como tal en 1993, y cuyo ámbito de trabajo es no única pero principalmente el análisis de las organizaciones y las instituciones de la sociedad capitalista tardomoderna (Gaulejac, 2009; Hanique y Gaulejac, 2015)— fuertemente interdisciplinaria que integra desde el freudomarxismo de la Escuela de Frankfurt, hasta aspectos de la obra de Georges Bataille, Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Robert Castel y Luc Boltanski, y varios otros autores críticos.

Desde la perspectiva de la sociología clínica, la comprensión de los conflictos en el sujeto requiere articular la dimensión psíquica con las condicionantes sociales de clase, de dominación, de violencia simbólica, etc. Es clara la revisión del psicoanálisis ortodoxo ahí donde los conflictos de Edipo ya no son sólo aquellos relativos al deseo sexual inconsciente, sino que involucran, según esta lectura, una dimensión social (Gaulejac, 2018). Con ello se dibujan tres ámbitos, el del individuo y su historia, el de la familia y la historia familiar y el del contexto o la historia social macro. Visto ahora desde las ciencias sociales, se trata de adoptar perspectivas como la de Bourdieu, pero sin perder de vista la dimensión psíquica inconsciente del individuo, olvidada por los científicos sociales. Estos ajustes por ambas partes buscan constituir un espacio común, social y psíquico, al mismo tiempo, que produce conceptos, como, por ejemplo, el de “neurosis de clase”, o “contradicción existencial-contradicción social” (Gaulejac, 2018).

Metodológicamente son relevantes las historias de vida. En el mismo sentido de la noción de memoria (Halbwachs, 1950), el individuo no cuenta lo que pasó objetivamente, sino que modifica lo que ocurrió en función de su propia experiencia, su presente y su situación en el mundo social. Daniel Feierstein (2012) ha visto esta relación entre la noción de memoria de Halbwachs y el psicoanálisis, según la que la memoria es reconstrucción creativa y, por lo mismo, proceso social. Recordar no es revivir, sino reconstruir el pasado desde los marcos sociales del presente. Esto marca una diferencia epistemológica fundamental con la historia, en el sentido que la entienden los historiadores. Mientras que en ella resulta clave la verificabilidad de los hechos realmente ocurridos, en la memoria lo relevante es cómo son reconstruidos y transformados por las personas en el presente (Le Beuf, Perron y Pragier, 1998).

En este punto, la investigación de la sociología clínica conecta con la doble noción de sujeto —presente en la ambivalencia propia a la noción (“estar sujeto a” y “ser sujeto de”), y que ha dado muchos frutos en la literatura marxista, y también la nacida de la obra de Foucault—, según la cual estos se entienden como producto u objeto de una historia familiar y social que no manejan y también como sujetos que hacen su propia historia, toman decisiones, han hecho elecciones que los han conducido en determinadas direcciones (Le Beuf, Perron y Pragier, 1998). Por lo mismo, la narración de las experiencias con base en árboles genealógicos de al menos tres generaciones, son dispositivos de investigación en que aparecen las formas de problematizar historia personal, el peso de la historia familiar y las condiciones sociales, así como el de las propias trayectorias socioprofesionales. En este contexto se identifican los procesos de movilidad social, proyectos, frustraciones, costos, inversiones y sufrimientos asociados a ellos.

En los relatos importan no sólo las formas de racionalización y expresiones verbales sino también, y con mayor peso, las emociones y sentimientos. Estos se conciben como el modo en que las relaciones sociales afectan a los sujetos (Fugier, 2019). Cuestiones de orden estructural como condiciones laborales son asociadas a tipos de experiencia y a formas típicas de respuesta emocional, como la culpa, la vergüenza o, de manera opuesta, el orgullo (Gaulejac, 1996), que pueden ser a su vez analizados, como expresiones intrapsíquicas, con la ayuda del psicoanálisis. En el contexto de una ideología de la realización personal, la excelencia y la responsabilidad individual, la pobreza, por ejemplo, es concebida como responsabilidad privada e introyectada psíquicamente como vergüenza; es decir, como imagen negativa de sí mismo, que tiene efectos destructivos sobre la subjetividad y las capacidades del individuo (Gaulejac, 1996; Gaulejac y Taboada-Leonetti, 2007). Estos sentimientos se dejarían rastrear como respuestas subjetivas estables frente a un mismo fenómeno social, de violencia simbólica (Basaure, 2011b; Fugier, 2019).

Concebidas esas respuestas no como efectos pasivos sobre el sujeto, sino también como mecanismos de defensa y liberación, y objeto de reflexión, aparece en la sociología clínica una dimensión clínica, terapéutica o transformadora.

Por ello, la investigación se codifica ahora doblemente, en investigación y en clínica. Los efectos terapéuticos de la historia de vida aparecen como una cuestión no intencional, pero incorporada como un efecto anticipado de la investigación. Por este motivo, esta perspectiva se expone a la crítica: la utilización de dichos efectos en consultorías de análisis en organizaciones de empresas en crisis (Schlemenson, 2013) ha sido criticada como una funcionalización del psicoanálisis (Viñar, 2009). Por lo mismo, hay una discusión entre quienes cultivan esta sociología sobre si esta dimensión debe ser un objetivo declarado, y perseguido o no, y sobre cómo cabe conceptualizarla (Fugier, 2019).

### *El feminismo intersubjetivo*

Otro ejemplo de la intervención del psicoanálisis en cuestiones de teoría social tiene lugar dentro del pensamiento feminista en sus diferentes olas (Kroløkke y Scott, 2006). Por un lado, el psicoanálisis no puede ser pasado por alto en las discusiones importantes sobre sexualidad y género; por otro, el monismo fálico afirmado por Freud y posteriormente dialectizado por Lacan constituye para muchas feministas un problema, en principio irresoluble, para establecer la relación entre psicoanálisis y feminismo (Mercader, 2005). Efectivamente, hasta la década de 1970 predominaba el consenso de que los escritos de Freud y muchos de los psicoanalistas eran difícilmente rescatables para esta tradición crítica. En la misma lógica de lo dicho arriba, en esos escritos se acusaba una preponderancia de la determinación anatómica de la mujer por sobre la dimensión social; esto es, la socialización, la injusticia y violencia que ella imprimió en la vida de las mujeres (Smelser, 1999).

Pero hacia finales de la década de 1970, y sobre todo en la de 1980, esa visión cambia con los trabajos de Nancy Chodorow (1978) y Jessica Benjamin (1988), entre otras teóricas feministas. En ambos casos, el diálogo entre psicoanálisis y feminismo supone la medicación social de la construcción de la psicología individual y la subjetividad (Smelser, 1999). Chodorow (1978) busca mostrar que el hecho social de que las madres sean la figura principal y muchas veces exclusiva del cuidado es perjudicial para el desarrollo psíquico de los hijos e hijas, especialmente para los primeros, de modo que el sistema familiar tradicional se paga con un costo social importante. Benjamin (1988), por su parte, leyendo a Freud en clave de una teoría de la intersubjetividad, defiende la enorme relevancia de las relaciones intersubjetivas de reconocimiento para el desarrollo logrado de la subjetividad, y contrapone al reconocimiento las relaciones de dominación de género que afectan negativamente las relaciones con los otros, nuestra vida familiar y las propias instituciones. En estas perspectivas, la relevancia original de la teoría de la sexualidad es reemplazada por la teoría de género (Dimen, 2016).

## BREVE NOTA SOBRE LA INFLUENCIA DE LACAN

Uno de los campos en que se evidencia con claridad la influencia de la obra de Lacan en las ciencias sociales es precisamente el de la discusión feminista. A diferencia de la vertiente recién mencionada, cuya base es una reinterpretación de Freud, existe una vertiente lacaniana en las figuras de Luce Irigaray, Julia Kristeva y Juliet Mitchell (Elliott y Prager, 2016). Ello ocurre en medio de una suerte de intrascendencia de Lacan en las ciencias sociales. A diferencia de Freud, él mostró poco interés en generar un diálogo con estas ciencias (Elliott y Prager, 2016). En los hechos, poco o nada hay de influencia lacaniana en historia o sociología. Por el contrario, mucho puede encontrarse en estética, teoría del cine, literatura, filosofía y teoría social. Así lo muestran los estudiosos en estos campos (Elliott, 2008, 2016a y 2020; Homer, 2016; Macey, 1995; Sprengnether, 2016; Stavrakakis, 1999). En el marco de la teoría social y política está el mayor de los aportes del psicoanálisis lacaniano. En esta breve nota final me concentro en la relevancia de Lacan para pensar la identidad y sus repercusiones en la teoría feminista y política.

Lacan reelabora el psicoanálisis freudiano a la luz de la teoría moderna del lenguaje, argumentando que el inconsciente se estructura como un lenguaje. Con base en ello señala que el yo no es autotransparente sino que se sitúa en un sistema de significación, como el lenguaje en la tradición de Saussure, y es a partir de ahí que se configura su identidad (Elliott y Prager, 2016). Dese esta perspectiva, no existe identidad anterior a su constitución discursiva y esa constitución resulta de la posición diferencial en un sistema de relaciones (Sayers, 2016). Es en este sentido discursivo y basado en la diferencia que la dimensión intersubjetiva (el discurso del otro) está presente en la concepción lacaniana del yo, de sus distorsiones o perturbaciones; no en el sentido de las experiencias intersubjetivas como las descritas en las relaciones objetales, por ejemplo, de género. Esta distinción está en el centro de las dos versiones de la influencia del psicoanálisis en el feminismo.

El ensayo más influyente de Lacan para las ciencias sociales y las humanidades es “El estadio del espejo como formador de la función del yo” (Lacan, 1949). El espejo devuelve una falsa imagen unificada, identitaria, que genera una identificación, y que, como imagen, organiza el yo en torno a una ilusión superpuesta a la fragmentación y la división. Ese tipo de ilusión identitaria y de organización interna estaría a la base de las patologías del yo en la cultura contemporánea (Elliott y Prager, 2016; Sayers, 2016). Esta perspectiva lacaniana es clave para la noción de reconocimiento erróneo del marxismo de Althusser (1970), para quien la ideología, más que un sistema de ideas o creencias, es una sistema de representación, de imágenes, conceptos, a partir del cual se forma la identidad. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, con su seminal libro de 1985, *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau y Mouffe, 2001), también generaron un vínculo entre Lacan y el marxismo. En ese libro reafirman, ahora en el terreno de lo político, una noción antiesencialista de identidad, según la cual su

constitución supone siempre una relación diferencial y, por tanto, la inestabilidad, la carencia y será una tarea siempre incompleta. De ahí que el intento de constituirla plenamente y fijarla es imposible (Homer, 2016). El filósofo y psicoanalista Slavoj Žižek (2009) avanza con estas nociones en una concepción de la ideología según la que la función de ésta es enmascarar no la realidad, sino el que la propia sociedad esté constituida por esta carencia inherente. La ideología es una realidad social basada en el desconocimiento por parte de los sujetos de que ella carece de un sustento estable y natural, y de que su verdadera esencia es la barbarie, el conflicto y el antagonismo. La ideología ofrece una realidad social que oculta lo real (Homer, 2016; Žizek, 2009).

A lo anterior pueden anclarse dos sentidos de la teoría feminista heredera, aunque también crítica de Lacan. El primero refiere a la investigación de las formas de expresión de la fantasía adulta, principalmente en la escritura femenina, de la indeterminación y falta de límites firmes del yo, anterior a su estabilización y organización que aparece con la ley paterna (fase preedípica) (Elliott, 2016a). El segundo reafirma la concepción del fracaso necesario de una identidad estabilizada, ya sea en la anatomía o mediante la internalización de las normas sociales. A partir de ello se niega que sea la diferencia sexual o de género la explicación adecuada del lugar subordinado de la mujer en la sociedad, pues ello supone una esencia fija e inmutable de la identidad femenina, y masculina (Homer, 2016). Con ello se diluye la diferencia esencial entre hombres y mujeres sobre la que se funda originalmente el movimiento feminista, y se instaura una política antiesencialista que se juega en la deconstrucción de la mujer como categoría. Frente a ello se ha levantado la pregunta crítica, al interior del feminismo, acerca de las bases que deja esta perspectiva antiesencialista para levantar una política feminista efectiva (Homer, 2016).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor (2005), *Ensayos sobre la propaganda fascista*, Paradiso, Buenos Aires.
- (2019), *Bemerkungen zu "The Authoritarian Personality": Und weitere Texte*, Suhrkamp Verlag.
- , Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford (2019), *The Authoritarian Personality*, Verso, Londres/Nueva York.
- Althusser, Louis (1970), "Idéologie et appareils idéologiques d'État (Notes pour une recherche)", *La Pensée*, vol. 151.
- Amado, Gilles, Claude Faucheux y André Laurent (1991), "Organizational Change and Cultural Realities: Franco-American Contrasts", *International Studies of Management & Organization*, vol. 21, núm. 3, pp. 62-95.
- Apel, Karl-Otto (2008), "German philosophy (Heidegger, Gadamer, Apel)", en D. Moran (ed.), *The Routledge Companion to Twentieth Century Philosophy*, Routledge, pp. 736-783.

- Arnaud, Gilles y Pascal Fugier (2015), *Sociologie et psychanalyse: Quelle praxis, quelle clinique?*, núm. 21, París.
- Assoun, Paul-Laurent (2003), *Freud y las ciencias sociales. Psicoanálisis y teoría de la cultura*, Ediciones del Serbal, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2008), *Freud et les sciences sociales - Psychanalyse et théorie de la culture*, Armand Colin.
- \_\_\_\_\_ y Markos Zafiroopoulos (2006), *Psychanalyse et sciences sociales - Universalité et historicité*, Coédition Economica/Antrophos, París.
- Backhouse, Roger E. y Philippe Fontaine (eds.) (2014), *A Historiography of the Modern Social Sciences*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Bain, Alastair (2013), "Wonder and socioanalysis", en S. Long (ed.), *Socioanalytic Methods*, Routledge.
- Badiou, Alain (2013), *Filosofía y psicoanálisis*, La marca, Buenos Aires.
- Basaure, Mauro (2009), "Foucault and the 'Anti-Oedipus Movement': Psychoanalysis as Disciplinary Power", *History of Psychiatry*, vol. 20, pp. 340-359.
- \_\_\_\_\_ (2011a), "Continuity through rupture with the Frankfurt school: Axel Honneth's theory of recognition", en G. Delanty y S. P. Turner (eds.), *Routledge International Handbook of Contemporary Social and Political Theory*, Routledge, Nueva York, pp. 99-109.
- \_\_\_\_\_ (2011b), "In the epicenter of politics: Axel Honneth's theory of the struggles for recognition and Luc Boltanski and Laurent Thévenot's moral and political sociology", *European Journal of Social Theory*, vol. 14, núm. 3, pp. 263-281.
- \_\_\_\_\_ (2013), "Malestar, (re)conocimiento social y política. Entrevista a Mauro Basaure por Manuel Ugalde Duarte", *Némesis*, núm. 10, pp. 165-181.
- \_\_\_\_\_, Jan Reemtsma, Rasmus Willig y Nora Sieverding (eds.) (2009), *Erneuerung der Kritik: Axel Honneth im Gespräch*, 1a. ed., Campus Verlag, Frankfurt/Main.
- Baudouin, Charles (1950), *De l'instinct à l'esprit: Précis de psychologie analytique*, Desclée De Brouwer, París.
- Benjamin, Jessica (1988), *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination*, Pantheon, Nueva York.
- Bertrand, Michèle y Bernard Doray (1989), *Psychanalyse et sciences sociales: Pratiques, théories, institutions*, La Découverte, París.
- Bettelheim, Bruno (1984), *Freud and Man's Soul*, Vintage Books.
- Birman, Joël (1998), *De la pulsion à la culture: Psychanalyse, science et culture*, Éditions L'Harmattan, París.
- Bonetti, Michel, Vincent de Gaulejac, Daniel Descendre y Max Pagès (2009), *L'emprise de l'organisation*, Desclée De Bruwer, París.
- Brown, Norman (1959), *Life against death: The psychoanalytical meaning of history*, Wesleyan University Press, Estados Unidos de América.
- Caudill, David (2016), "Law and psychoanalysis", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Centini, Massimo (2013), *El libro de las supersticiones*, De Vecchi Ediciones/Parkstone International.

- Chanlat, Jean-François (1990), *L'Individu dans l'organisation: Les dimensions oubliées*, Presses Université Laval.
- Chodorow, Nancy (1978), *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, University of California Press.
- Connell, Raewyn y Rebecca Pearse (2014), *Gender: In World Perspective*, Polity Press, Cambridge.
- Constante, Alberto y Leticia Flores (eds.) (2006), *Filosofía Y Psicoanálisis*, UNAM, México.
- Dejours, Christophe (2015), *Travail, usure mentale*, Montrouge, París.
- \_\_\_\_\_ e Isabelle Gernet (2016), *Psychopathologie du travail*, Issy-les-Moulineaux.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2004), *Anti-Oedipus*, A & C Black.
- Dimen, Muriel (2016), "Psychoanalysis and sexuality", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Dosse, François (2003), *Michel de Certeau: El caminante herido*, Universidad Iberoamericana, México.
- Einstein, Albert y Sigmund Freud (2005), *Warum Krieg?: Ein Briefwechsel*, 22a. ed., Diogenes, Zürich.
- Elliott, Anthony (2004), *Social Theory Since Freud: Traversing Social Imaginaries*, Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2008), *Contemporary Social Theory: An introduction*, 1a. ed., Routledge, Londres/Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (2016a), "Contemporary European Psychoanalysis", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2016b), *The routledge handbook of psychoanalysis in the social sciences and humanities* (p. 478), Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2020), *Critical Visions: New Directions in Social Theory*. S.l.
- \_\_\_\_\_ y Jeffrey Prager (2016), "Introduction", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Erikson, Erick (1958). *Young man Luther. A Study in Psychoanalysis and History*, Norton, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (1969). *Gandhi's truth on the origins of militant nonviolence*. Norton, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (1993), *Childhood and Society*, W. W. Norton & Company.
- \_\_\_\_\_ (1994), *Identity: Youth and Crisis*, W. W. Norton & Company.
- Fanon, Frantz (1952), *Black skin white masks*, Grove Press.
- Feierstein, Daniel (2012), *Memorias y representaciones: Sobre la elaboración del genocidio*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ffytche, Matt (2016), "Sigmund Freud: Psychoanalysis and the Unconscious", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.

- Fonagy, Peter y Chleo Campbell (2016), "Attachment theory and mentalization", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Foucault, Michel (1999), *Les Anormaux. Cours au Collège de France, 1974-1975*, Ehes/Gallimard/Seuil, París.
- Freud, Sigmund (1907), "Zwangshandlungen und Religionsübungen", *Gesammelte Werke*, t. 7, Fischer, Frankfurt am Main, pp. 129-139.
- \_\_\_\_\_ (1908), "Die 'kulturelle' Sexualmoral und die moderne Nervosität", *Gesammelte Werke*, t. 7, Fischer, Frankfurt am Main, pp. 141-167.
- \_\_\_\_\_ (1912), *Totem und Tabu. Gesammelte Werke, Band IX*, Fischer, Frankfurt am Main.
- \_\_\_\_\_ (1913), "Das Interesse an der Psychoanalyse", *Gesammelte Werke*, t. 8, Fischer, Frankfurt am Main, pp. 389-420.
- \_\_\_\_\_ (1921), "Massenpsychologie und Ich-Analyse", *Gesammelte Werke*, t. 13, Fischer, Frankfurt am Main, pp. 73-164.
- \_\_\_\_\_ (1927), "Die Zukunft Einer Illusion", *Gesammelte Werke*, t. 14, Fischer, Frankfurt am Main.
- \_\_\_\_\_ (1930), *Das Unbehagen in der Kultur*, Internationaler Psychoanalytischer Verlag.
- \_\_\_\_\_ (1939), *Der Mann Moses und die monotheistische Religion*, Fischer, Frankfurt am Main.
- Fromm, Erich (2015), *Die Entwicklung des Christusdogmas. Eine psychoanalytische Studie zur sozialpsychologischen Funktion der Religion*, Open Publishing Rights GmbH.
- Fugier, Pascal (2019), "La boîte à outils du sociologue clinicien pour mettre au travail le sujet avec et face à ses émotions", en M. Antigone (ed.), *Emotions (en) vie sociale*, Le Manuscrit, París, pp. 47-66.
- \_\_\_\_\_ y Gilles Arnaud (2015), *Sociologie et psychanalyse: De l'échange de vues à la transformation du regard N° 20*, L'Hermattan, París.
- Gaulejac, Vincent de (1996), *Les sources de la honte*, Desclée de Brouwer, París.
- \_\_\_\_\_ (2009), *La Société malade de la gestion. Idéologie gestionnaire, pouvoir managérial et harcèlement social*, Seuil, París.
- \_\_\_\_\_ (2018), "Sufrimiento y emancipación social en el contexto neoliberal. Entrevista con Vincent de Gaulejac por Patricia Guerrero, Rachel Théodore y Mauro Basaure", en M. Basaure y D. Montero (eds.), *Investigación y teoría crítica para la sociedad actual*, Anthropos, Barcelona/Santiago de Chile, pp. 260-280.
- \_\_\_\_\_ y Isabel Taboada-Leonetti (2007), *La lutte des places: Insertion et désinsertion*, Desclée de Brouwer, París.
- Gay, Peter (1985), *Freud for historians*, Oxford University Press, Nueva York.
- Germani, Ana (2013), *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Penguin Random House/Grupo Editorial Argentina.
- Gordon, Peter, Espen Hammer y Axel Honneth (eds.) (2018), *The Routledge Companion to the Frankfurt School*, Routledge, Nueva York.

- Grønseth, Erik (1982), "The Significance of Wilhelm Reich's Work for the Study of the Child and the Family", *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 13, núm. 2, pp. 143-153.
- Haber, Stéphane (2012), *Freud Sociologue*, Bord de l'eau, Lormont.
- Habermas, Jürgen (1973), *Erkenntnis und Interesse*, 16a. ed., Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main.
- (2011), *Theorie des kommunikativen Handelns* (8), Suhrkamp Verlag, Frankfurt/Main.
- Halbwachs, Maurice (1950), *La mémoire collective*, Presses universitaires de France, París.
- Hanique, Fabienne y Vincent de Gaulejac (2015), *Le capitalisme paradoxant. Un système qui rend fou*, Seuil, París.
- Hassemer, Winfried (2003), "Presentación", en L. A. Arroyo, U. Neumann y A. N. Martín (coords.), *Crítica y justificación del derecho penal en el cambio de siglo: El análisis crítico de la Escuela de Frankfurt*, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 11-12.
- Hechl, Katharina (2021), "The Sociological Reception of Psychoanalysis in Parsons's 'The Superego and the Theory of Social Systems'", en A. J. Treviño y H. Staubmann (eds.), *The Routledge International Handbook of Talcott Parsons Studies*, Routledge.
- Homer, Sean (2016), "Jacques Lacan: Freud's French interpreter", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Honneth, Axel (2010), *Kampf um Anerkennung: Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte* (6), Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main.
- Horel, Stéphane (2019), *Lobbytomía: Cómo los grupos de presión envenenan nuestras vidas y la democracia*, Ediciones Morata, Madrid.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1988), *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Fischer, Frankfurt am Main.
- Jay, Martin (1985), *Permanent Exiles*, Columbia University Press, Nueva York.
- (1996), *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, University of California Press.
- Joas, Hans y Wolfgang Knöbl (2004), *Sozialtheorie: Zwanzig einführende Vorlesungen*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Johnston, Adrian (2016), "Philosophy and psychoanalysis", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Johnston, Adrian y Catherine Malabou (2013). *Self and emotional life: Philosophy, psychoanalysis, and neuroscience*, Columbia University Press, Nueva York.
- Kroløkke, Charlotte y Anne Scott (2006), *Gender Communication Theories & Analyses: From Silence to Performance*, Sage Publications, disponible en <https://doi.org/10.4135/9781452233086>
- Kurzweil, Edith y William Phillips (1983), *Literature and Psychoanalysis*, Columbia University Press: West Sussex.

- Lacan, Jacques (1949), "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du je, telle qu'elle nous est révélée, dans l'expérience psychanalytique", *Revue Française de Psychanalyse*, vol. 13, núm. 4, pp. 449-455
- \_\_\_\_\_ (1990), "Responses to students of philosophy concerning the object of psychoanalysis", en J. Copjec (ed.), *Television: A Challenge to the Psychoanalytic*, Norton, Nueva York.
- Laclau, Ernesto (2018), *On Populist Reason*, Verso, Londres/Nueva York.
- \_\_\_\_\_ y Chantal Mouffe (2001), *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres/Nueva York.
- Lamo, Emilio (2018), *De nuevo sobre la sociedad reflexiva. Escritos de teoría y estructura sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Le Beuf, Diane, Roger Perron y Georges Pragier (1998), "Présentation", en D. Le Beuf, R. Perron y G. Pragier (eds.), *Construire l'histoire*, Presses universitaires de France, París, pp. 7-10.
- Leclerc-Olive, Michèle (1997), *Le Dire de l'événement: (Biographique)*, Presses Univ. Septentrion.
- Levinson, Harry (1972), *Organizational Diagnosis*, Harvard University Press, Cambridge MA.
- Lowenthal, Leo y Norbert Guterman (2021), *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator*, Verso Books.
- Lutzky, Daniel (2021), "El sujeto de la comunicación", en D. Lutzky y G. A. Serain (comps.), *El sujeto de la comunicación*, Eudeba, Buenos Aires.
- Macey, David (1995), "On the subject of Lacan", en A. Elliott y S. Frosh (eds.), *Psychoanalysis in Context*, Routledge.
- Maldonado, Ignacio (2020), "Introducción a la vida y obra de Marie Langer", en N. Lisman-Pieczanski y A. Pieczanski (eds.), *Los pioneros del psicoanálisis en Sudamérica*, Routledge, pp. 157-162.
- Marcuse, Herbert (1955), *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry Into Freud*, Beacon Press, Boston MA.
- Marulanda, Álvaro (2006), *La memoria visual de la narrativa colombiana en el cine*, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Maturo, Graciela (2004), *La razón ardiente: Aportes a una teoría literaria latinoamericana*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- McDougall, William (1936), *Psycho-analysis and social psychology*, Methuen.
- Méheust, Bertrand, Markos Zafiroopoulos y Paul-Louis Rabeyron (2004), *Le mythe: pratiques, récits, théories. Volume 3: Voyance et divination: approches croisées*, Economica.
- Melossi, Dario (1990), *The State of Social Control: A Sociological Study of Concepts of State and Social Control in the Making of Democracy*, Palgrave Macmillan, Nueva York.
- Mercader, Patricia (2005), *Le sexe, le genre et la psychologie*, L'Harmattan.
- Miller, Alice (2006), *The Body Never Lies: The Lingering Effects of Hurtful Parenting*, trad. A. Jenkins, W. W. Norton and Compony, Nueva York.
- Moreno, José (2010), *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

- Mouffe, Chantal (2018a), "Democracia agonista y democracia radical, hoy. Entrevista a Chantal Mouffe", en M. Basaure y D. Montero (eds.), *Investigación y teoría crítica para la sociedad actual*, Anthropos Editorial, Barcelona, pp. 115-131.
- (2018b), *For a Left Populism*, Verso, Londres.
- Pereira, Frederico (1997), *Literature and psychoanalysis*, Instituto Superior de Psicologia Aplicada, Lisboa.
- Polmear, Caroline (2016), "British psychoanalysis in the 20th century", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Riesman, David (1968), *Freud und die Psychoanalyse*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- (1973), "Freud y el psicoanálisis", en D. Riesman (ed.), *Psicoanálisis y ciencias sociales*, Paidós, Buenos Aires.
- , Nathan Glazer y Reuel Denney (2020), *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Character*, Yale University Press, New Haven CT.
- Róheim, Géza (1968), *Psychoanalysis and Anthropology: Culture, Personality and the Unconscious*, International Universities Press.
- Rossi, Ino (1973), "The Unconscious in the Anthropology of Claude Lévi-Strauss", *American Anthropologist*, vol. 75, núm. 1, pp. 20-48.
- Roudinesco, Elisabeth y Michel Plon (2006), *Dictionnaire de la psychanalyse: 3e édition*, Fayard, París.
- Sayers, Janet (2016), "Feminism, gender and psychoanalysis", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Schlemenson, Aldo (2013), *Análisis organizacional en pymes y empresas de familia*. Ediciones Granica, México.
- Schoenfeld, C. G. (1965), "The Superego's Influence on the Law", *DePaul Law Review*, vol. 14, núm. 2, pp. 299-319.
- Scott, Joan (1986), "Gender: A useful category of historical analysis", *Feminism and History*, vol. 91, núm. 5, pp. 1053-1075.
- Seeley, John (1967), *The Americanization of the Unconscious*, International Science Press.
- Smelser, Neil (1999), *The Social Edges of Psychoanalysis*, University of California Press, Berkeley CA.
- Sprengnether, Madelon (2016), "Literature and psychoanalysis", en A. Elliott y J. Prager (eds.), *The Routledge Handbook of Psychoanalysis in the Social Sciences and Humanities*, Routledge.
- Stavrakakis, Yannis (1999), *Lacan and the Political*, Routledge, Londres.
- Stolkiner, Alicia (2021), *Prácticas en salud mental*, Noveduc, Buenos Aires.
- Stoll, Katrin (2021), "Leo Lowenthal's Legacy: The Relevance and Response of Critical Theory to Authoritarianism, Austerity and Antisemitism Today. An Interview with Martin Jay", *Studia Litteraria et Historica*, núm. 10, disponible en <https://doi.org/10.11649/slh.2551>
- Tambling, Jeremy (2012), *Literature and psychoanalysis*, Manchester University Press, Mancheste.

- Terquem, Sarah (2012), "The Super-Ego, a Legislator?: Rousseau, Kelsen, and Freud", *Enfances Psy*, vol. 57, núm. 4, pp. 116-128.
- Vezzetti, Hugo (2019), *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista: Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Viñar, Marcelo (2009), *Mundos adolescentes*, Trilce Ediciones, México.
- Weber, Max (2002), *Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriss der verstehenden Soziologie*, 5, revidierte auflage, Mohr Siebeck, Tübingen.
- Wiggershaus, Rolf (2001), *Die Frankfurter Schule: Geschichte. Theoretische Entwicklung. Politische Bedeutung*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München.
- Winnicott, Donald (1965), *The Family and Individual Development*, Psychology Press.
- \_\_\_\_\_ (1992), *The Child, the Family and the Outside World*, Perseus Publishing, Nueva York.
- Zafiropoulos, Markos (2001), *Lacan et les sciences sociales - Le déclin du pere 1938-1953*, Presses universitaires de France, París.
- Zaleznik, Abraham (1989), *The Managerial Mystique: Restoring Leadership in Business*, Harper & Row, Cambridge MA.
- Žižek, Slavoj (2009), *The Sublime Object of Ideology*, Verso, Londres/Nueva York.